

Solitaria y solidaria Rosalía*

La intención de las 450 páginas del presente libro es ofrecer al lector un panorama de «todas» las Rosalías, para lo cual su editor, Xesús Alonso Montero, ha llevado a cabo una recopilación exhaustiva de todo lo que se ha escrito acerca de Rosalía de Castro a lo largo de los últimos 125 años. «Páginas hay, por tanto —comenta el editor—, que se incluyen porque, aun no siendo muy perspicaces, crearon o consolidaron una determinada opinión, una determinada manera de ver». La poetisa gallega, tan mal conocida en un principio por sus contemporáneos intelectuales, fue reconocida algunas décadas más tarde, como la única figura representativa de la poesía metafísica española del siglo XIX, hasta ser situada a la altura de un Blake, Rilke o Hölderlin. Pero con la diferencia de que, como dice Domingo García Sabell, «Hölderlin era el amigo de Hegel, de Schelling, mientras Rosalía era, a secas, la loca. Por eso resultan más genialmente fuera de su época, más conmovedores, los inmensos atisbos de nuestra gran lírica».

«Leopardi o Rilke, o Blake —dice también—, se sienten como lanzados al mundo en virtud de un proceso de intelección que les coloca ante el desamparo y les obliga, luego, a tomar una decisión y a inquirir un hipotético fundamento, a buscar la tabla de salvación para sobrevivir al naufragio vital. No es ese el caso de nuestro poeta. Rosalía es auténtica y literalmente lanzada al mundo, puesta en el mundo, desamparada, olvidada, dejada».

Muchos de los estudiosos de Rosalía han destacado como nota dominante de su vida y de su obra, una esencial

orfandad: la ausencia de imagen paterna. «Por eso —dice J. Rof Carballo en un artículo que titula «Huérfana y vagabunda»— va a sentir como poeta vibrar con resonancia simpática el dolor de las “viudas de vivos”. La ausencia de padre, emigrado muchas veces, es un factor nada menospreciable en la constitución del alma galaica». Pero es precisamente desde la dolorosa situación de la ilegitimidad desde donde Rosalía va a saltar a las mayores profundidades del espíritu.

El cultivo del yo

Un análisis caracterológico de la «Chorona», que es como la llamaron sus paisanos, la sitúa en el grupo de las sentimentales, tan abundante en Galicia. También destaca su alta emotividad, espíritu extremadamente vulnerable, personalidad hipersensible a las mutaciones y una secundaridad muy fuerte, que a veces se traduce en lo que puede parecer rencor. Era amante de la soledad y de la reflexión, se refugiaba en la naturaleza y le atraía de modo especial todo aquello que hace referencia a lo afectivo, a la intimidad y al sentimiento y el cultivo del yo.

Ante los rasgos fundamentales de tristeza y amargura que siempre se han atribuido a Rosalía de Castro, su hija Gala aclaró a uno de sus biógrafos, Victoriano García Martí: «Desmienta usted que madre era triste. Era alegre, muy alegre, y extremadamente acogedora y simpática».

De ella se ha dicho que no es poeta de deseos sino de anhelos. Es poeta de la «saudade» como consciencia de un esencial desamparo, de un destierro que siempre desemboca en la muerte. Siente un hondo temor a la «nada nadiante» que, como expresa en el poema «Negra sombra», «mora en el último repliegue secreto de nuestra existencia».

La «saudade» es en sus versos la ontológica vivencia sentimental que el hombre tiene de su soledad con relación al ser. Soledad que intenta llenar con los árboles, las fuentes, la lluvia y los montes.

El cáncer acabó con la vida de Rosalía de Castro, en Padrón, el 15 de julio de 1885. Poco antes de expirar ordenó que fuesen quemadas sus obras inéditas, que eran, por lo menos, tres volúmenes: *Romana*, *Cuento extraño* e *Historia de mi abuelo*. Fue enterrada en Iria, hasta 1891, fecha en que sus restos fueron trasladados al convento de Santo Domingo de Santiago de Compostela, donde yace, en el pan-

* En torno a Rosalía, edición de Xesús Alonso Montero, Ediciones Júcar, Gijón.

teón de gallegos ilustres, al lado de Alfredo Brañas, Francisco Asorey y Ramón Cabanillas.

La orfandad del ser

«¡Descansa, al fin, pobre alma atormentada, tú que has sufrido tanto en este mundo!», exclamó su marido cuando la vio encerrada en el féretro que a todos nos espera. También él, Manuel Murguía, conocido historiador gallego, dijo de la que fue su mujer: «Quien hablase de Rosalía, vería que era la mujer más benévola y sencilla, porque en su trato todo era bondad, piedad casi, para los defectos ajenos. Mas cuando la herían, ya como enigma, ya como acosada por el infortunio, era tal su dignidad, que pronto hacía sentir al que había inferido la herida todo el peso de su enojo. Pero vanidad, pero ansiedad de brillar, pero empeño de llenar éste o el otro cenáculo, pero deseo de aparecer como una mujer superior, eso, jamás lo sintió».

La obra de Rosalía de Castro estuvo caracterizada por dos tipos de poesía: una, rigurosamente intimista; otra, de temática social. La veta intimista destaca por su honda carga de una tristeza radical. Sus biógrafos aseguran que en el siglo XIX, en nuestra península, nadie escribió versos más desazonantes, más desolados ni de más radical abatimiento.

Al releer su poesía descubrimos una Rosalía que tiene instantes de comunicación con los seres por el dolor, y después se convierte en un ser vacío, sin nada: una total incomunicación. Hay una Rosalía rigurosa y solitaria, que expresa la total orfandad del ser. Su penetrante sensibilidad es como una negra sombra instalada en su existencia, que convierte el mundo que le rodea en un paisaje habitado tan sólo de inquietudes y de miedo: «Teo medo dunha cousa/ que vive e que non se ve», escribe la poetisa.

Dolor a secas

Todos sus biógrafos y estudiosos de su obra coinciden al decir que el llanto de Rosalía es un llanto esencial. Que no brota de adversidades concretas sino de su mismo ser. Por eso su llanto no tiene gesticulación, ni gritos, ni lágrimas: es dolor a secas. Es el lamento, la queja. En su interior está la angustia, el verdadero dolor que impregnó toda su vida y que iba encontrando disculpas razonables cuando en su entorno iban ocurriendo desgracias: injusti-

cias que sufrían las gentes, pérdida de seres queridos... La negra sombra la persigue siempre invadiéndola de desgana, insatisfacción, desencanto y fatiga, hasta llegar a consumirla por entero. Su única defensa fue la de parapetarse en una especie de indiferencia letal.

De Rosalía se ha dicho que nunca llegó a centrarse en el mundo y que siempre vivió sintiendo la nostalgia de otra cosa. Mucho tiene esto que ver con la popular «morriña» del pueblo gallego.

Pero la poesía de la «Chorona», está cargada también de hondo sentimiento positivo: amor a sus hijos, amor a su madre y amor sin barreras a su tierra natal, que es como una constante en toda su obra poética. Sin embargo, lo que no hace vibrar su cuerda lírica es el tema del matrimonio, del que tan sólo habla con tono de humor e ironía, pero nunca con apasionamiento. Su vida de hogar fue monótona y gris, con escasos medios económicos y maternidades repetidas que acabaron por agotar sus escasas fuerzas físicas. Su temperamento apasionado, que sin duda lo tuvo, se vio realizado en su poesía, pero no en la vida cotidiana.

Reivindicar Galicia

Con la publicación de *Cantares gallegos* en 1863, Rosalía de Castro se convierte en la reivindicadora de las tierras gallegas. El libro fue escrito para que Galicia se encontrara a sí misma, para que el gallego rompiera con sus complejos y con la autosubestimación.

«Su obra fue una obra de piedad y de renovación. Aplaudida, amada, es en realidad una reivindicación de la tierra gallega» escribe su marido Manuel Murguía. Sus versos impregnados de sentimientos populares pasaron a ser la musa del campesinado gallego, y en torno a Rosalía se fue creando una leyenda mítica que la convirtió en la imagen viva del alma galaica, en la defensora de los oprimidos, de los labriegos y de los aldeanos.

Rosalía, efectivamente, se alistó con energía y convicción en la tarea del resurgimiento de su querida Galicia, y lucha en el terreno que ella conoce que es la poesía, y su única arma es el inquebrantable amor que siente por su tierra y sus gentes. No es ni pretende ser otra cosa que una mujer que se duele de las injusticias que le rodean, concretamente, las injusticias contra su patria chica le llenan de indignación y noble orgullo.

La idea de una Galicia marginada, olvidada de todos, despreciada por el resto de España, expoliada por unos y por